

A vibrant, comic-style illustration for a Star Wars book cover. The background is a dark, reddish-purple space with a large planet on the left and a mechanical structure with a red-eyed head on the right. In the foreground, a large, menacing figure in a dark, hooded suit with a mask and glowing red eyes looms over two smaller characters. The smaller characters, a girl and a boy, are crouching on a metallic floor in a control room filled with various panels and screens. The girl is on the left, looking up with a determined expression, while the boy is on the right, holding a blaster and looking towards the viewer with a slight smile.

STAR WARS

AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE

LA OSCURIDAD

Planeta Junior

STAR WARS™

AVENTURAS EN EL
ESPACIO SALVAJE

LA OSCURIDAD

Escrito por Tom Huddleston

Planeta Junior

© & TM 2017 LUCASFILM LTD.

Todos los derechos reservados. Usado bajo autorización.

Derechos exclusivos para la edición en castellano reservados para España: Editorial Planeta, S. A., 2017

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibrosinfantilyjuvenil.com

www.planetadelibros.com

Primera edición: junio de 2017

ISBN: 978-84-08-17344-1

Depósito legal: B 7.612-2017

Impreso en España

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

CAPÍTULO 1

PRISIONEROS

Si se ponía de puntillas, Milo Graf podía mirar a través de la única ventana que había en su estrecha celda. Aunque sólo podía ver una gran superficie verde con algunas partes blancas. En el centro había una mancha negra que se hacía más y más pequeña a medida que el *Festín Móvil* se elevaba hacia la atmósfera superior.

Ese pequeño punto era Ciudad Capital, el bullicioso centro del planeta Lothal. Y lo estaban dejando atrás. Dejando atrás su nave, el *Ave Susurro*, abandonada en una vieja pista de aterrizaje, a la espera de ser reparada. Dejando atrás al querido mono-lagarto kowakiano de Milo, Morq, que nunca había

pasado un día sin su amo desde que salió del huevo.

Y dejando atrás a sus nuevos amigos, Mira y Ephraim Bridger, que habían ayudado a Milo y a su hermana cuando éstos más lo necesitaban. Los Bridger eran los únicos que podían ayudar a los niños Graf a encontrar a sus padres, así que también dejaban atrás esa esperanza.

—Los veremos de nuevo —dijo Lina, pasando un brazo por los hombros de su hermano en actitud protectora—. Sé que los veremos.

—No, no lo sabes —contestó Milo en voz baja. Ahora podía ver la curvatura del planeta y la luz de Lothal dio paso a la oscuridad del espacio—. Pero gracias por intentar que me sienta mejor.

Se volvió hacia ella y le ofreció su mejor sonrisa. Lina le revolvió el pelo.

—Lo que necesitamos es algún plan —dijo ella—. Tiene que haber alguna forma de salir

de aquí. Un carguero como éste no está diseñado para retener prisioneros. Shade debe de haber adaptado una de las bodegas de carga, así que a lo mejor se le ha pasado algo.

Se dio la vuelta, inspeccionando la celda. Tres de las paredes eran de duramantio y en ellas sólo había una pequeña ventana. La cuarta era una reja de barrotes, cada uno del grosor de un brazo de Milo, además de una resistente puerta asegurada con una aparatosa cerradura electrónica. Más allá se veía un pasillo con tres celdas a cada lado.

Lina señaló hacia fuera.

—Ahí hay un panel de control, junto a esa puerta —dijo—. Tal vez podríamos lanzar algo para intentar golpearlo. Quitate un zapato.

—¿Por qué yo? —preguntó Milo—. ¿Por qué no te quitas tú uno de los tuyos?

—Vale, uno de los míos —contestó Lina, agachándose—. Si le doy al panel, puede que desactive el cierre.

Milo la miró dubitativo.

—La capitana Mondatha..., quiero decir, Shade, puede ser malvada, pero no es tan tonta. No creo que ponga los controles de las celdas justo donde cualquiera puede alcanzarlos.

—Bueno, pero vale la pena intentarlo —replicó Lina, inclinándose entre los barrotes e intentando apuntar—. A lo mejor no espera que probemos algo como esto, porque sólo somos niños. O quizá sí sea tonta.

—Ya descubriréis que no lo soy —dijo una voz femenina que llegó desde algún lado del pasillo vacío.

Milo reconoció el tono frío de la cazarrecompensas que los había traicionado en Lothal.

—Lánzalo si os queréis quedar a oscuras —añadió la mujer—. Ése es el interruptor de la luz.

Shalla Mondatha, o Shade, como prefería que la llamasen, había sido contratada por el

capitán Korda, el oficial imperial que había capturado a los padres de Lina y Milo. Ahora también iba tras los niños Graf, desesperado por atrapar a su droide, CR-8R, y los mapas que tenía en su base de datos. Mapas del Espacio Salvaje, y de otros muchos mundos que los Graf habían estado explorando durante toda su vida. Lo que quería hacer con los mapas sólo lo sabía Korda, pero Milo y Lina no iban a permitir que cayeran en sus manos.

—¿Adónde nos llevas? —preguntó Lina, sin tener muy claro hacia dónde dirigir su mirada de odio.

—Con Korda, por supuesto —respondió la voz—. Sólo tengo que hacer un pequeño recado, después le haré saber dónde tiene que recogeros. Al droide también.

—¿Dónde está CR-8R? —preguntó Milo—. ¿Qué has hecho con él?

—Oh, está intacto —respondió Shade—. Mira.

La pesada puerta al final del pasillo se abrió y una figura familiar entró flotando. CR-8R se acercó a ellos, impulsado por sus repulsores. Sus dorados ojos se iluminaron cuando vio a los niños.

—Oh, señorita Lina, señor Milo —dijo el droide, preocupado—. Estoy encantado de ver que ambos están a salvo y ...

—Silencio —le espetó Shade. La voz de CR-8R se detuvo de repente—. ¿Lo veis? Puedo hacer con él lo que me dé la gana.

Lina estiró la mano y cogió la de CR-8R.

—Un cerrojo de seguridad —dijo, al ver el dispositivo metálico alrededor del cuello del droide—. Oh, Crater. Lo siento.

CR-8R la miró impotente y Milo supo que mientras aquel dispositivo estuviera allí, el droide no podría hacer nada para ayudarlos.

—Como veis, los tres estáis bajo mi control —los interrumpió Shade—. Comportaos y todo acabará pronto.

—¡Suéltanos! —gritó Lina perdiendo los nervios—. Pagarás por esto, te lo prometo.

—No, no —dijo Shade fríamente—. Alguien me va a pagar por esto, que es muy diferente. —A través de los altavoces oyeron el sonido de una alarma—. Bien. Ya están aquí.

Los altavoces se apagaron. Lina meneó la cabeza con rencor.

—No se culpe, señorita Lina —dijo CR-8R—. Si le sirve de consuelo, también me engañó a mí. Parecía muy amable.

—Bueno, ésta es la última vez que confiamos en un extraño —suspiró la niña—. Ven, déjame echarle un vistazo a ese dispositivo.

Milo se volvió hacia la ventana. Lothal ya estaba muy lejos, un disco verde en medio de un manto de estrellas brillantes.

Entonces, de repente, vio que una de las estrellas se estaba moviendo. Había una nave allí fuera, iluminada por el sol de Lothal, acercándose a ellos.

—Viene alguien —le dijo a su hermana.

Lina miró también por la ventana. La pequeña luz se había convertido en una nave cuadrada, de un color grisáceo y con dos alas cortas dirigidas hacia abajo. Junto a la cabina había dos cañones láser.

—Un transportador de tropas imperial —observó Lina.



La nave plegó las alas mientras giraba sobre el *Festín Móvil*. Milo pudo ver que tenía unos sistemas de acople por toda la base.

—¿Es Korda? —preguntó, sintiendo cómo los nervios se apoderaban de su estómago—. ¿Ha venido a buscarnos?

Se oyó un ruido sordo cuando el transporte se detuvo sobre la nave. Las paredes de la celda se estremecieron.

—No lo sé —dijo Lina—. Y no quiero descubrirlo. Crater, ven aquí. Si pudiera quitarle ese dispositivo, quizá tendríamos alguna posibilidad.

Se estiró entre los barrotes, agarrando el collar colocado alrededor del cuello de CR-8R. Tiró tan fuerte como pudo, clavando las uñas. Milo oyó un chasquido, acompañado de un destello de luz.

Lina se alejó de un salto.

—¡Ay! —dijo—. Eso duele.

—Me temo que el dispositivo de retención

ha sido dotado con cargas eléctricas para evitar su manipulación —explicó CR-8R.

—¿Por qué no me lo has dicho antes? —exclamó Lina furiosa.

—La capitana Mondatha me ordenó que no lo hiciera —dijo CR-8R—. Pensó que sería divertido.

—Y lo ha sido.

Shade entró por la puerta abierta, mostrándoles una leve sonrisa. Llevaba una toga verde que le llegaba hasta los tobillos y los talones de sus botas resonaban en el suelo metálico.

—De verdad, chica, ¿por qué clase de tonta me tomas?

—Por la clase de tonta que captura niños y hace negocios con el Imperio —le gritó Lina—. Korda te matará sólo por habernos visto.

—Que lo intente —replicó la cazarrecompensas—. No sería el primero. Pero eso más tarde. Ahora, vamos a darles la bienvenida a nuestros invitados.

A Milo se le aceleró el corazón cuando un par de soldados imperiales entraron con paso firme por la puerta. Sus armaduras brillaban y sus cascos giraban a izquierda y derecha mientras sus ojos escudriñaban las celdas.

—Has dicho que no ibas a llevarnos con él enseguida —protestó Milo—. Has dicho que...

—Cállate —le espetó Shade—. Vienen a traer, no a llevarse. No todo gira a vuestro alrededor.

Mientras hablaba, Milo se percató de que cada uno de los soldados tenía una larga cadena de metal alrededor del puño. Uno de ellos dio un tirón y un alienígena tropezó al cruzar la puerta y a punto estuvo de caerse al suelo. Milo lo identificó de inmediato como un lasat, una especie de humanoide grande, procedente del planeta Lasan, del Borde Exterior, de ancho pecho y brazos musculosos. Levantó la cabeza calva y Milo pudo ver su rostro lleno de cicatrices, desde pequeñas picaduras has-

ta profundos cortes en la piel. Sus ojos quedaban ensombrecidos por su abultada frente.

Un hombre humano iba detrás de él, encadenado por las muñecas y los tobillos, como el primero. Era lo contrario de su compañero, pálido y flaco, con un mechón pelirrojo tieso sobre su cabeza. El joven le hizo un guiño amistoso a Milo, tenía los ojos verdes y brillantes.



Los soldados saludaron con un movimiento de cabeza a la capitana Mondatha.

—El pago cuando lleguen a Noctu, como acordamos —dijo uno.

—Siempre y cuando estén de una pieza —apuntó el otro.

—No me darán ningún problema —les aseguró Shade, señalando hacia una gran celda, al otro lado del pasillo—. Podéis poner al grande ahí. El otro puede quedarse aquí.

Uno de los soldados metió al pelirrojo en la celda de enfrente de la de Milo y Lina y cerró la puerta tras él. Shade tecleó un código y la cerradura se bloqueó.

—Eh, ¿en qué están metidos estos dos? —preguntó el prisionero, señalando a los niños Graf.

Shade frunció el cejo.

—Les estoy enseñando lo que pasa si no se comen la verdura.

El lasat avanzó por el pasillo, ignorando a

Milo y a Lina al pasar. El soldado tiró de la cadena y el prisionero tropezó de nuevo y soltó un gruñido.

—Ya te he dicho lo que pasaría si volvías a hacer eso —dijo el alienígena lleno de cicatrices, con una voz que sonaba como una avalancha de rocas.

—Cállate, escoria —replicó el soldado, dando otro tirón a la cadena.

El lasat se tambaleó de nuevo. Pero, en lugar de caer, se abalanzó sobre el soldado, empujándolo hacia delante. Éste impactó contra la puerta de la celda con un fuerte crujido y rebotó hacia el enorme prisionero, que lo rodeó con los brazos y empezó a apretar.

El otro soldado de asalto pasó junto a Shade, agarró al alienígena e intentó apartarlo de su compañero, pero el preso sacudió uno de sus enormes brazos para golpearlo. Milo y Lina retrocedieron cuando el soldado se es-

trelló contra los barrotes de su celda y cayó al suelo con estrépito.

Shade dio un paso hacia delante mientras sacaba algo de su cinturón, un palo de duramantio casi tan largo como su brazo. Pulsó un botón y un flujo de energía azul recorrió todo el bastón.

Golpeó suavemente al convicto en la nuca con la punta del palo. Se produjo un leve destello y el lasat se desplomó, inconsciente antes incluso de llegar al suelo.

El soldado se liberó del enorme cuerpo del alienígena, hizo rodar al gigante hasta el interior de su celda y cerró la puerta.

Shade introdujo el código de bloqueo.

—Parece que necesitaban ayuda. No se preocupen, no les cobraré un extra por esto.

—Nos las podríamos haber arreglado —refunfuñó el soldado.

Su compañero se estaba poniendo en pie, sacudiéndose el polvo de la armadura.

—Claro que podrían —asintió la cazarrecompensas educadamente—. Ahora, por favor, dejen que los escolte hasta su nave. Droide, conmigo.

Mientras la puerta se cerraba tras ellos, Milo oyó un ruidito. El prisionero más joven estaba sentado en el suelo de la celda de enfrente, balanceándose hacia delante y hacia atrás, llorando de risa.

—¿Lo habéis visto? —preguntó, dándose palmadas en las piernas—. Precioso. Simplemente precioso. Este Davin no es muy encantador, pero tiene sus momentos.

Milo echó un vistazo a la figura tendida en la celda de al lado. El pecho del alienígena subía y bajaba, mientras sus ronquidos rebotaban en las paredes de acero.

—Entonces, ¿en qué estáis metidos realmente? —preguntó el preso pelirrojo cuando dejó de reír.

Lina le lanzó una mirada recelosa.

—Eso es cosa nuestra —dijo.

El hombre levantó las manos.

—Por supuesto —contestó—. Es sólo que me extraña que seáis tan jóvenes. Pero seguro que el Imperio tiene sus razones. Siempre las tiene, ¿no? —Guiñó un ojo de nuevo.

—¿El soldado ha dicho que vamos a Noctu? —preguntó Milo.

El hombre asintió.

—Seguro —dijo—. Directos a las minas de asteroides. Y ya sabéis que nadie ha salido de allí... Aunque es por mi culpa. No tendría que haber dejado que me cogieran. Hablo demasiado, ése es mi defecto. —Negó con la cabeza con tristeza—. Me llamo Stel, por cierto. Y ese pedazo de carne de allí es Davin. Pero en realidad no necesitáis saber eso, porque no os hablará, y si sois listos, tampoco le hablaréis vosotros.

—¿Es... peligroso? —preguntó Milo.

Stel soltó una carcajada.

—¿Peligroso? ¿Davin? —resopló—. ¿Nunca habéis oído hablar del Carnicero de Brentaal IV?

Milo negó con la cabeza.

—Lo atraparon la semana pasada —explicó Stel—. Ha estado huyendo durante años, burlándose de sus perseguidores. Aunque al final lo han cogido. Pero, escuchad, no mencionéis nada de esto cuando se despierte, ¿vale? Es un poco susceptible, por si no lo habíais notado.

Milo negó con la cabeza rápidamente, observando cómo el hombre se tumbaba, apoyaba la cabeza en la pared y cerraba los ojos.

—Parece simpático —le susurró a Lina—. A lo mejor...

—No lo digas —lo interrumpió ella—. Esta vez vamos a solucionar las cosas por nuestra cuenta.